

peranza de que se arrepientan; no se separa de ellos, sino cuando su cuerpo, que fué habitacion de Dios, deja de serlo por haberse convertido en templo indignamente profanado.

CAPITULO VIII.

CARÁCTER DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El sacerdote católico por su carácter, es el hombre más útil á la sociedad, el solo necesario: separado de los demas por una consagracion especial y divina, ruega por las necesidades de todos. Cristiano para él y sacerdote para todos, ejerce un ministerio de paz y de amor; abraza á la humanidad en todas sus vicisitudes; es el lugar-teniente de Dios, Dios mismo para el bien de sus hermanos. Que el soldado vele por su patria, que el sabio enriquezca con los frutos de su genio y de su viglias al mundo, que el ma-

gistrado haga florecer sus leyes. . . . está bien; todos son dignos de mi estimacion, de mi respeto. Pero el arma en la mano del guerrero no es más que la razon última de la fuerza bruta contra la fuerza bruta, la ciencia un fruto que hincha y que mata, las leyes, barreras impotentes, si el Sacerdote católico no interpone sus luces y su autoridad. El Sacerdote no defiende, es verdad, el Estado con las armas; pero soldado de Jesucristo, revestido de un carácter sagrado é inviolable, centinela avanzando de la fé, vela por la felicidad de la sociedad señalando los desórdenes, predicando las verdades dogmáticas, y la necesidad de una religion como base indispensable entre la criatura y el Criador, entre el súbdito y el monarca. El sabio enseña la teoría de los astros, dá cuenta, con talento, de los diversos fenómenos de la naturaleza; el Sacerdote católico enseña la ciencia del deber, que solo mantiene en la sociedad el orden público y el ejercicio de la libertad. El magistrado reprime las malas acciones, las disensiones, los crímenes; el Sacerdote católico, los sofoca, los mata en su nacimiento: el uno lleva al cadalso, el otro acaba en él.

¿Quereis conocer á fondo el carácter del sacerdote católico? le encontrareis en las líneas

que siguen, que son una muestra de aquel inmortal y admirable sacerdote de la iglesia de Francia, del cardenal Cheverus, este apóstol del siglo XIX, de este sacerdote acabado que ha llenado los dos mundos con la fama de su nombre y los monumentos de su caridad. La vida y la muerte del antiguo Arzobispo de Bordeaux, faltarian al génio del sacerdote si las pasáramos en silencio. Sus virtudes, segun la *Revista del Siglo XIX*, (1) han encontrado en las costumbres de su tiempo un alimento particular, y la religion cristiana nuevos medios de hacerse amar y venerar. Despues de tantos modelos, de tanta caridad, reservado estaba á M. de Cheverus ser otro modelo aparte; despues de tantos y tan piadosos prelados y grandes santos, él tuvo su carácter y piedad propias; ha sido santo de distinta manera que los otros, y si por fin lo decimos, ha hecho ver una vez más hasta qué punto la moral evangélica es adecuada á nuestra naturaleza; hasta qué punto cautivaba hasta las entrañas de la humanidad, inherentes como nuestros vicios, á todas nuestras pasiones y á todas nues-

[1] Tomo 6, quinta entrega de 31 de Julio de 1886

tras miserias, á nuestra carne y á nuestros huesos, en todas las trasformaciones sociales.

La revolucion de 89, principio de tantos errores y exageraciones de tantas especies, sirvió para esclarecer á M. Cheverus, sin agriarle su carácter recibiendo todo como lecciones que le venian del cielo. A los veinticuatro años, arrojado por la persecucion, dejó su Iglesia de Mayenne, donde apenas acababa de entrar, y con toda sumision se entregó á Aquel que hace y deshace de los imperios. No era esto para él sino una resignacion más. Tanta es la abnegacion de que se compone la existencia del Sacerdote: M. de Cheverus se refugió á la América. Apenas encontró algunos católicos en Boston; y entre otros, al venerable eclesiástico M. de Martignon, con quien se asoció en su celo. Antes de formarse prosélitos para su creencia se hizo primero amar. Grandes preocupaciones aglomeradas contra el catolicismo, se desvanecieron luego que se le vió y se le oyó. Las dificultades que tuvo que vencer hicieron su religion ménos exclusiva, su caridad más atractiva: cambiando de lugar, su catolicismo, se hizo cosmopolita, mas tolerante, más universal, si puedo expresarme así. Para atacar ciertas preocupaciones, ciertas prevenciones, es necesario expatriarse. Vien-

do á su derredor otras costumbres políticas, mezclándose en otros hábitos de gobierno M. de Cheverus, advirtió que sus deberes de Sacerdote sometidas á nuevas condiciones, debian ejercerse bajo otras formas: comprendió cómo el catolicismo y el poder absoluto, podrian caminar el uno con el otro; acostumbró su religion á vivir en medio de las otras sectas, sin el contacto impuro de estas, y sin debilitarse aquella. Con su cristianismo, en medio de todas las comuniones cristianas, tuvo la santa ambicion de edificarlos á todos. Venció á todos los cultos por la superioridad práctica del suyo. Así es cómo dejó su Iglesia floreciente, y aumentó su diócesis, donde se veía una tribu de indios catequizados.

La transicion de Francia á América habia preparado á M. de Cheverus á la obra de la restauracion de 1814, al movimiento político de 1830: soldado de Jesucristo sabia que si el poder habia cambiado, su consigna continuaba la misma. Su mision era siempre como en su curato de Mayenne en 89, como en Boston en 92, como en Montauban en 1822, hacer conocer y amar la religion: no se le conoció otra. Si el nuevo gobierno le hubiera mandado el mal, no le habria obedecido. Cuando vió que este le ayudaba á hacer el bien, lo amó; y si él hubiera

sido un obstáculo para la religion, á este obstáculo le habria opuesto su paciencia cristiana y el fervor de su celo, pues no olvidaba que para llegar á obispo y cardenal habia pasado por el destierro, donde habia aprendido á no guardar nada de la política, sino esperarlo todo de lo alto.

M. de Cheverus fué consagrado obispo de Boston en 1810. Su diócesis comprendia todos los Estados de Nueva-Inglaterra y el Maine. Ocupó su obispado durante doce años: dejó dos hermosas Iglesias: la catedral llamada Santa Cruz, y la Iglesia de San Agustín. Fundó una comunidad de Ursulinas destinadas á la educacion, y de las que se prometia mucho en 1822, cuando el piadoso obispo fué promovido al obispado de Montauban.

Desde que fué conocida su promocion en Boston, más de doscientos protestantes de esa ciudad, entre magistrados, ministros de diferentes comuniones, negociantes, escribieron el gran limosnero de Francia, tratando de hacer revocarla. Se extendian en elogios sin fin por su espíritu conciliador, su sabiduría y sus afecciones por la diócesis. Una carta muy conmovedora de despedida fué insertada, al partir, en la Gaceta de Boston del 22 de Setiembre de 1822. Decian

los protestantes: "Nunca hemos conocido otro Sacerdote mejor; más era tiempo que portiese; habria concluido por hacernos á todos católicos como él." Los mismos sentimientos que causaron su salida de Boston, le siguieron cuando dejó á Montauban en 1826. Los periódicos de entonces nos refieren que los protestantes de allí no fueron ménos explícitos, testificándole además sus respetos y pesares, así como los católicos. El hecho fué público, porque dos ministros de la Iglesia reformada M. M. Marziale y Bonnard, el primero, presidente del Consistorio, y el segundo, Dean de la facultad protestante, fueron á complimentarle: "Tengo el gusto, les dije, de haber vivido en buena inteligencia en los Estados Unidos, durante mi espiscopado, con los ministros de las diversas comuniones, y de llevar presentes sus pesares con mi partida. Con satisfaccion sostendria con los protestantes de Montauban relaciones de cordialidad. Dulce me sería sostenerlas más estrechas." Tal tolerancia tiene mas valor que el de la filosofía, porque ningun filósofo se adherirá tanto á sus creencias como el Arzobispo de Bordeaux á las suyas.

Un dia en Bordeaux, el ilustre prelado salia de una Iglesia; una mendiga enferma le salió al encuentro, y la deslizó una pieza de cinco fran-

cos. «Monseñor, le dijo su limosnero, esta mujer es judía. Tienes razon, le contestó el cardenal, poco es lo que ha recibido, dale todo lo que haya en la bolsa.»

En América fué donde M. de Cheverus alcanzó el secreto de que sus predicaciones fueran provechosas y llenas de natural unción. El fondo de su elocuencia, era muy á propósito para el apostolado de un Obispo de Boston que tenía en su diócesis una tribu de indios que enseñar. Todas las palabras que allí se recogían de sus labios llevaban el sello de una caridad ardiente de candor y de la más profunda profunda humildad.

Decía en 1823 á los fieles de su Iglesia, que se apiñaban para verle y oírle; «os llevo á todos en mi corazón; vastísimo es para conteneros á todos.» Suplico á V. M. decía al rey, el día de su advenimiento al Cardenalato, con su voz de misionero, os ruego añadais á tantas bondades la de excusar mi turbación y embarazo. La dignidad eminente á que he ascendido, sin pretenderla ni esperarla, y que tan poco creo merecer, es lo que me confunde.» El Prelado añadió luego con una gracia sin igual; «Más expedito me sentía con mi rebaño de Bordeaux, bendiciendo entonces aquella providencia milagrosa

que salvó la Francia conservando la vida á V. M. y la de vuestro querido hijo.» Escuchad también su alocución á la reina: «Madama: se llega al trono con timidez: pero cuando en él se distingue la piedad y la bondad más que la grandeza, uno se reanima y no puede ménos que aproximarse con dulce y respetuosa confianza á esa magestad real.» Su angelica modestia la reveló en todos los momentos de su dulce y santa vida. Se le oyó repetir muchas veces en sus últimos días con sentimiento de piadosa tristeza: «Pedid que este manto encarnado no me abrase; muy tranquilo estaba antes de ser revestido de él, y debo temer que Dios me diga: «Has recogido ya tu recompensa sobre la tierra?»

Cuando M. de Cheverus hablaba, ya en el templo ó en la calle ó en medio de grandes grupos que se apiñaban ávidos de oírle, eran palabras simples, dulces, llenas de candor, las que destilaban de sus labios; despues, la emoción dominaba al orador, y lloraba; el enternecimiento ocupaba entonces los corazones con el fuego de aquel foco ardiente que irradiaba tanto amor, derritiendo entonces los odios, y haciéndolos sustituir con el arrepentimiento,

Los periódicos de Bordeaux anunciaron su muerte como una desgracia pública: hubo un duelo universal, un dolor inesplicable. «La multitud triste y silenciosa que desde su enfermedad asediaba la casa del Cardenal, decia uno de aquellos, (1) las lágrimas que corrian de todas las pupilas, los sollozos que apenas se pueden contener, anuncian mejor que lo que nosotros podríamos hacerlo, la gran pérdida que Bordeaux deplora, y de la que largo tiempo se pasará para consolarse. Se oyó decir á uno del pueblo, con una sensibilidad que comunicó á todos los que lo rodeaban: «Pues que ha muerto y está junto con Dios, es necesario consolarlo cuando vea que nos amamos todos, como nos recomendó tantas veces, llamándonos sus muy amados. (2).

Lo que obtuvo el cardenal Cheverus en los Estados-Unidos y en Montauban con las comuniones protestantes, y lo que actualmente sucede Argel entre su Obispo y los musulmanes, prueban muy bien que las cosas han cambiado

(1) "El Indicador."

(2) La Guienne.

en dos siglos á esta parte. ¿No podría esperarse, pues, que las diferentes comuniones en su nueva paz que hoy presentan, pudieran llegar á las vías de una sólida conciliacion? (1) Al ménos así es de esperarse cuando la unidad política tiende á pasar su nivel sobre la civilizacion, en cuyo tiempo el sacerdote católico, favorecido por el fuego de su caridad y el brillo de sus luces, apresure aquella grande unidad cristiana, tan deseada de Leibnitz, y que la inflexible ortodoxia de Bossuet habia juzgado practicable. El porvenir dirá si esta vuelta á la fé, si esta tendencia religiosa que notamos proviene de in-

(1) Las antipatías entre las diversas comuniones no existe ya; los hijos de Cristo, de cualquier parte que provengan, se estrechan ya al pié del Calvario, fuente maternal de la familia. Todo tiende á reconstruir la uuidad católica. La religion cristiana entra en una nueva era... se hace filosófica sin dejar de ser divina; su círculo se extiende con las luces y las libertades, mientras que la luz marca para siempre su centro inmóvil. [Chateaubriand, Estudios históricos.]

diferencia como muchos lo creen, ó tenga por causa un cristianismo más comprensivo de las necesidades de la época, una filosofía más avanzada y más extensiva, un conocimiento más profundo del sacerdote católico.



CAPITULO VIII.

DEL SACERDOTE CATÓLICO CONSIDERADO
EN SU GERARQUÍA, EN SU ACCION Y EN SUS BENEFICIOS
SOBRE LA HUMANIDAD.

El Sacerdote que en medio de un numeroso rebaño edifica, consuela y enseña; el Obispo que en la circunscripción que se la ha marcado, vela en la conservación de las reglas establecidas, y que se reputa así el Sacerdote de los Sacerdotes; el soberano Pontífice que á su turno, considerado como el Obispo de los Obispos, mantiene en el mundo católico, como el cura en su parroquia, como el Obispo en su diócesis, el

dogma, el culto, la disciplina, forman la más imponente de las instituciones; ¿qué hombre no tributará á tan magnífico conjunto, su admiración y respeto? Y si con ocasion de algun grande acontecimiento público, el gobierno cree oportuno tributar con solemnidad sus acciones de gracias al Omnipotente, ¿quién por triste que se suponga, no verá con alegría á su rey, á sus príncipes, á sus magistrados, unirse con los ministros de Dios para tributarle los homenajes de gratitud de un pueblo entero?

Por la oracion, el Sacerdote se llena de Dios. Penetrado sin cesar de la sustancia divina, es aquella escala misteriosa por la que los votos de la tierra suben al cielo, y los beneficios del cielo descenden sobre la tierra: el Sacerdote viene á ser el mediador entre Dios y el hombre. Sin Sacerdote, el mundo se cubriría de supersticiones, ¿qué digo? de magia, quizá. . . . sin él vendría la anarquía en las opiniones, así como en las creencias religiosas. El Sacerdote es el freno que contiene, la mano que dirige.

La educacion particular que el Sacerdote ha recibido, las luces que ha adquirido, las que puede adquirir, la superioridad de virtud como de talento que le coloca generalmente sobre los otros hombres, son ventajas de tal manera in-

contestables, que nadie podría admirarse de que ejerza tal funcion ó tal influencia en particular, ó mejor, se sorprendería de que no reuniese toda la fuerza y todo el poder. Id á encontrar al Sacerdote católico, observad su accion sobre todas las partes de la sociedad; y si podeis contemplarlo sin admiraros, ved cómo imparte su caridad cada dia, cada instante, de un corazon á otro. Ilustres generales, habeis mandado y dirigido con habilidad grandes ejércitos, á los que tendreis tesoros y coronas que distribuir; ¿qué sois al lado del Sacerdote católico, conmoviendo en el mundo á millones de fieles á los que no tiene que distribuir más que ayuno y oracion?

Separado del mundo, es llamado á él sin cesar. Acaba de venir al mundo un niño, el sacerdote corre á regenerarlo en la vida del espíritu por las aguas del espíritu; ¿crece este infante, entra en la pubertad? el sacerdote es quien lo admitirá á la mesa de los fuertes para la comunión: sublime banquete, misterioso festin donde el Criador se asocia por primera vez á la criatura. Si más tarde ese infante, hecho hombre, escoge una compañera, el sacerdote es quien presenta á Dios el juramento de los dos esposos y los bendice. ¿Llega á ser padre de familia, y aun cae á los golpes de alguna de aquellas tempestades

tan comunes en las regiones de la vida? el sacerdote es todavía el que corre á consolarle y levantarlo. El sacerdote, en fin, es el que dulcifica la postrera hora de la agonía, y el que endereza sus pasos á la eternidad. Por todos estos cuidados, no puede, pues, el hombre tener más que gratitudes y acciones de gracias para con el sacerdote católico; y cuando le vea en el altar invocar el nombre de Dios mismo para hacerle descender para él y cerca de él, estos homenajes deben necesariamente cambiarse en veneración.

CAPITULO X.

GRANDEZA DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El Sacerdocio católico se ejerce sobre la tierra, pero su origen está en el cielo; ved por qué se le coloca entre las cosas celestes, porque no es un hombre mortal, ni un ángel, ni un arcángel, sino el Espíritu Santo mismo que lo ha instituido y que nos ordena creer que el Sacerdote Católico ejerce sobre la tierra un ministerio angélico.

Que se recuerde la pompa y magestad del ceremonial que Dios mismo habia ordenado en la